

UN DESAFÍO ITALIANO

Cuando un enamorado cualquiera se excede en obsequiar a la mujer de sus pensamientos (que en los no platónicos será más bien la de sus actos), apenas se puede decir que esté haciendo de su capa un sayo, porque de rechazo les encarece la vida a los amadores del contorno. Esos caballeros que no perdonan las flores, cuando no las joyas, por un quítame allá esa íntima efeméride, le ponen las cosas muy difíciles a cuantos no tienen su misma -y complicada- vocación oferente. Porque en seguida salen las comparaciones, ¡tan odiosas! Y no digamos en los tiempos del noviazgo, arrogantes por naturaleza. Ahora mismo los galanes de Italia, y más los de Milán, están llamados a un torneo donde tendrán que luchar duro si quieren imponer su enseña. Porque ya ni rosas ni medallita con el horóscopo: más difícil todavía. La culpa es de Giovanna, desconocida Giovanna nuestra, que debe ser, suponemos, una italiana de esas que salen guapas, y ya está dicho todo. O mejor dicho, del novio de Giovanna, que por hacerle un original regalo de cumpleaños no tuvo otra ocurrencia sino gastarse un cuarto de millón de liras (la inflación adorna) en pregonar por calles y plazas la superior belleza de su dama. El sistema fue el de los carteles, medieval, sólo que potenciado por la industria de la imprenta. Lo cierto es que la ciudad del Duomo y de las palomas y de los electrodomésticos, amaneció aquel día gritando su clamor por la belleza de una mujer concreta entre sus mujeres. ¿Era una afirmación que se acababa en sí misma? ¿O una especie de llamamiento electoral para que los milaneses votasen a favor de la hermosa? ¿O más, aún, un desafío a cuantos tuviesen novia por quien dar el pecho? Quizá no más que una peculiaridad nacional. Lo que un francés le susurraría a su "petit chou"(un nórdico, a lo mejor, ni eso) y un español diría sin tantas precauciones pero con recato, el italiano de Milán, si no lo canta en la Scala, lo grita en mayúsculas como para desengañar al más miope. En Italia se vocea mucho por las paredes, y así se consumen buenas toneladas de engrudo. Será porque este pegatón vulgar se hace de harina, como los fideos y, otras pastas alimenticias. También se emplea la pancarta de tela colgante de balcón a ventana, que es recurso más limpio y airoso. (En muchos de nuestros pueblos cuenta el municipio con un ingenio así, reservado a las bienvenidas: "Villanoble saluda a su obispo". La última palabra es intercambiable con otras como "gobernador", "ministro", "hijo predilecto".) En mi primer viaje a Florencia advertí que desde el "albergo" donde me alojaba hasta el convento que estaba enfrente, corría una tira invitatoria: "Vota comunismo". Me pareció obvia la previa conformidad del hostelero y del prior.

Volviendo al fondo del asunto: la proclamación parece inseparable de la condición del amante. Hay a quien el querer no le vale la pena si no puede ser contado a trompeta. Hace siglos un caballero leonés, don Suero de Quiñones, se estableció sobre el puente del Órbigo armado de todas armas, y a los caballeros peregrinos del Apóstol les hacía pagar un peaje que no sé si sería abusivo: el reconocimiento de sus superiores cuitas de amor, que le obligaban a meter el cuello, cada jueves, en inhóspita y ferrada argolla. Si alguno se mostraba escéptico, pues a reñir lanzas. O peor aún, a dejar en prenda de cobardía el guante de la su dama. Al suceso le llamaron el Paso Honroso, y alábalo el propio Don Quijote.

Uno cavila si aleccionarán estas historias sobre un amor inconmensurable y heroico; verdadero homenaje a la mujer, o si no serán más bien la manifestación de una tremenda vanidad masculina. Pero, nosotros mismos, de rapaces, ¿no hemos defendido alguna vez, a tortas, o a pedradas, la preeminencia de nuestra mozuela? Lo que nunca hubiéramos podido hacer, con los dos o tres duros de cada domingo, es esta avasalladora prepotencia del italiano de los pasquines. Más hacedero, aunque no menos fervoroso, era manifestarse con tiza de puerta en puerta. "Lolita, guapa". Y ya el colmo, alguna rara ocasión en que el ayuntamiento se metía en arreglos. Si se pillaba el cemento blando, un par de palabras podían quedar inscritas para la posteridad. Aún ahora, cuando vuelven allá, mis pasos, miro furtivamente, en el atrio de la Colegiata.

Antonio PEREIRA